

# Cuartel de sombras

Alberto Vital Díaz

A la memoria de Bobby Sands,  
mártir de la Resistencia irlandesa.

A Pepe y Malú,

*Y entonces tu muerte apuntará hacia el Sur.*

*Hacia la inmensidad.*

Don Juan Matus.

*Alcé mi copa de vino  
para brindar por tu muerte.*

Javier Solís.

La estrechez de la mazmorra me arrinconó contra mis brazos; me vi reflejado en otros ceños arrugados, tan próximos que irremediablemente comprendí que nuestras muertes se confundirían, que una sola Muerte era la de todos. Querían consolarme el terroso sabor de unos versos populares, las palabras amorosas que me hubieran salvado y que nunca pronuncié. Mi cabeza se desvaneció pesadamente en otro pecho; lloré, por tu ausencia y por la lluvia que toda la tarde fingió ser tus pisadas por el patio. Mi llanto me hizo temerme; toqué mi cuerpo, le di confianza. Llegó la saciedad quemante y luego el deseo convulso de mujer; te llamé. Eras delgada, tímida; agradecí tu cercanía. Dije: Quiero tenerte cuanto antes. Hasta lo último. Y aquella temprana liberación —diáfana como la alegría de haber sobrevivido a tantas noches de húmedas heridas— era también la última de mi existencia.

Una voz podrida, a un palmo de mi oreja, me hundió en calientes ensoñaciones, de tiempos iluminados con medidas justas de alcohol y soledad; soñé y recordé hasta que el calabozo no bastó a mi imaginación, y desperté y pedí en silencio a la naturaleza un cuarto más grande (el universo entero) para mi perduración, la de mi fiebre y la de mis pesadillas. Ya no pude más. Maldije mi oración, y mis blasfemias me arrastraron vertiginosamente hacia el

abismo. Caí en un sopor doliente; me fue robado el aire como antes la esperanza.

Recuerdo que al despertar me sorprendí escuchando seriamente a mi vecino, el de la voz machacona y enferma. Tuve inmediato pesar de su optimismo y de su fealdad. Aquella cara —entre cansancios y divagaciones— me trajo a la memoria un cráneo sonriente debajo de la piel, la piel que es como una máscara, y me hizo cometer la tontería de formular nuevos deseos. Su aliento a carne sucia, a viva putrefacción, me despabiló con grosería. Quise restregarlo con mis plantas contra el suelo; no atendí a sus palabras, lo supuse un sacerdote disfrazado. No dejaba de hablar, entre enormes chupadas al único cigarro de la noche. Jamás odié tanto una voz humana; ansié algo de música y yo mismo me la hice en el último rincón de mi cerebro, pues la música es como un sudario blanco para los arrepentidos. Ya me despedía del mundo interpretado cuando le oí decir:

— . . . Que sea sin violencia . . .

Algo se recogió en mí, e hizo fuego, pausadamente. Me volvió la sangre, recuperé los primeros balbuceos:

—¿Qué?

Lo vi, lo vi por primera vez. Era chato, prieto, compacto; me estaba ofreciendo su mano desde horas atrás. Habló, lo escuché, su voz cegaba las cosas de

virulencia. Colgó sobre la mesa las originales, las cautivadoras palabras:

... Grandeza, sacrificio... recogimiento...

El resignado prisionero fue arrasado en mí por el viril consumidor de un destino colectivo. Me enorgulleció mi prisión; reapareció en mis ojos un sol mórbido, intolerable. Recordé cuando nos levantábamos a trabajar cada madrugada, como si cada día fuera el último y el primero de nuestras vidas. Le confesé lo nunca dicho, lo que hasta en mi soledad me estaba prohibido. Casi grité al comprender que volvía a sentir el ardor de la amistad. Mis mandíbulas se agitaron con militancia, repitiendo las viejas consignas, altas, cantantes. Verifiqué la aurora de un sueño centenario (yo era su momento), juré el advenimiento de una vigilia de trabajo, de dorada voluntad y pan en la mesa de los hombres. Y escribí con un pedazo de carbón por las paredes: Compartiremos con los muertos un solo sueño universal sin somnolencia, la muerte será una paloma domeñada, el mundo una manzana caída del árbol con venas de serpiente. ¡Cuántos no bajarán a mi casa en la hora de los cantos y de los caminos!

Mi cuerpo no existió más. Me supe fríamente realizado, me puse de pie y abracé con la más perfecta razón a mi elocuente amigo. Le hice comer mis últimas migajas. Cuando la escolta vino a separarnos, me despedí mentalmente, revelando con un gesto mi más secreta filiación:

—Mañana, ante los fusiles, compartiremos un mismo destino como hoy compartimos una misma mesa. Nada cambiará después.

¡No pude dormir! Oriné sangre, dije adiós a mi cabeza, a mi larga intimidad. Dejando de respirar quise matarme, pero la vida me gritaba hasta el último segundo. A me-  
a

noche me reí temblorosamente del infierno; después me hiqué y recé y volví a orinar. Recordé los pueblos de niños deformes y las ratas por las matinales despensas. Recordé las flores en hilera que me sobrevivirían y las erguidas palabras que nacieron en las calles. Recordé el mar batiendo ante la luna y la mano amiga sobre mi hombro en la foto adolescente. Cristo que no redimes, clamé al amanecer, retira de tus sienes el amuleto con espinas y predica por los lagos que cada criatura es su propio paraíso entre tinieblas. ¿O es que me darás otro cuerpo sagrado para sobrevivir? ¿Arderá el cielo contrahecho con mi muerte? ¿Confiaré hoy en Satanás antes que en un hombre? ¿Se acordarán de mí los humanos que salvé, los humanos que engendré? ¿Estaré despierto cuando mi boca y los gusanos se confundan? ¿Pisaré las arenas de los más antiguos y resucitados mares? ¿Me está reservado el perdón, el amor de aquella loba? ¡Oh hembra, que también gozaste, muere conmigo esta madrugada!

Ya no pude soportar el *In Nomini Patris*. Susurré:

—Padre, soy un muerto... Sólo me resta voluntad para dirigirme al paredón.

Caminamos lentamente; sin esperar órdenes me adelanté hasta mi sitio. El lenguaje del amanecer es asombro y leche y tambores invisibles. Las palabras duermen y la sabiduría nos busca para murmurar que perder un día es perder una vida. Me despido del verbo para siempre:

—Sea sin violencia...

Recorro los ojos deslavados y las verdes manos difusas de mis verdugos; y sé de golpe que en algún cuartel de sombras seré yo quien empuñe los fusiles clandestinos, yo quien decida bajar al río y nadar y lavarse en la más cercana hora de descanso. Entre las piedras reconozco a mi viejo amigo ocasional de anoche...

